

ENRIQUETA ARVELO LARRIVA Y ANA ENRIQUETA TERÁN: DOS VOCES. SIN CONTRAPUNTO

ENRIQUETA ARVELO LARRIVA AND ANA ENRIQUETA TERÁN: TWO VOICES. WITHOUT COUNTERPOINT

Gómez Briceño, Alexi*

*Universidad Nacional Experimental de los Llanos
Ezequiel Zamora
Venezuela*

Resumen

Este trabajo ofrece una aproximación ensayística y vivencial a la obra poética de dos de las voces más fundamentales de la literatura venezolana del siglo XX: Enriqueta Arvelo Larriva y Ana Enriqueta Terán. A través de una metodología que hibrida el análisis lírico con la crónica y la memoria personal, el autor desentraña el universo simbólico de ambas creadoras. En la primera sección, se examina la poética de Arvelo Larriva a partir de la preeminencia de sus elementos cósmicos (el agua, el viento, la llanura) y su carácter fundacional en el verso libre venezolano, enmarcado en un diálogo ficcionalizado a la orilla del mar. En la segunda sección, el texto aborda la vastedad de Ana Enriqueta Terán, explorando su rigor formal de raigambre barroca, su relación con la herencia de Góngora y la sacralidad de su palabra; todo esto articulado desde la memoria de un encuentro real con la poeta en el estado Trujillo en 1992. El artículo concluye que, lejos de un contrapunto disonante, ambas autoras configuran dos vertientes autónomas, íntimas y capitales que liberaron y fundaron la modernidad de la voz poética femenina en Venezuela.

Palabras clave: Enriqueta Arvelo Larriva, Ana Enriqueta Terán, Poesía Venezolana, Ensayo Literario, Modernidad Lírica, Memoria.

Abstract

This paper offers an essayistic and experiential approach to the poetic work of two of the most fundamental voices in 20th-century Venezuelan literature: Enriqueta Arvelo Larriva and Ana Enriqueta Terán. Through a methodology that hybridizes lyrical analysis with chronicle and personal memoir, the author unravels the symbolic universe of both creators. The first section examines Arvelo Larriva's poetics based on the preeminence of her cosmic elements (water, wind, the plains) and her foundational role in Venezuelan free verse, framed within a fictionalized dialogue by the seashore. The second section addresses the vastness of Ana Enriqueta Terán, exploring her formal rigor rooted in the Baroque tradition, her relationship with Góngora's heritage, and the sacredness of her word; all of this articulated from the memory of a real encounter with the poet in Trujillo State in 1992. The article concludes that, far from a dissonant counterpoint, both authors configure two autonomous, intimate, and capital currents that liberated and founded the modernity of the female poetic voice in Venezuela.

Keywords: Enriqueta Arvelo Larriva, Ana Enriqueta Terán, Venezuelan Poetry, Literary Essay, Lyrical Modernity, Memoir.

*Datos académicos: Licenciado en Educación y Licenciado en Historia, Universidad de Los Andes, Venezuela. Magister Scientiae en Literatura Latinoamericana y caribeña, ULA. Doctor en Cultura y arte, Universidad Pedagógica Libertador e Instituto Pedagógico de Caracas, Venezuela. Profesor en el programa de educación, UNELLEZ. Profesor invitado de la Maestría en Literatura Latinoamericana, ULA, Núcleo Rafael Rangel, Trujillo, Venezuela. Profesor en el programa de estudios abiertos, Universidad Politécnica Kléber Ramírez, Mérida, Venezuela. Integrante del equipo editor revista *Contracorriente*, Universidad Politécnica territorial del Estado Mérida. Director del Museo Alberto Arvelo Torrealba, Barinas, Venezuela. Director de la Biblioteca Pública Enriqueta Arvelo Larriva, Barinitas, Barina, Director fundador de la revista *Parángula*, Programa de Cultura, UNELLEZ. ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-7775-7305>, Correo: algomasto2@gmail.com

Recibido: 12/11/2025 / Aceptado: 01/03/2026

Muy temprano intuí
que la poesía no está hecha para explicarla,
sino para sentirla.

Solar inicial

Para: Enriqueta Arvelo Larriva

Bajo pulsión, por encantamiento, hago inmersión en el piélago, en esa dimensión cósmica del poema. No tengo escafandra para lo profundo, ni apoyatura en vuelos, ni una barca para el recorrido. Voy solo, en desnudez, atento al ritmo, a los susurros, procurando un eco que me salve y restituya. Me valgo del fulgor, la pasión, la música, los versos, que hagan percusión y destinen la osada aventura.

Para ungirme llego al ritual y la floresta de tu cristal nervioso. Sediento voy y miro con evidente pasión tu gesta cuando te yergues provista de humildad y juntas tus manos como cuenco, como sagrado grinaldo y lo más prístino: tu poesía. Agua vital y espiritual que mana del vértice de tu alma. No es un bautizo; es el sorbo inicial para hacerse vidente de tu ser y atender la savia, la sustancia y el ritmo bullente de tu voz.

El agua irriga toda la poética. Desde la fuente almada hasta la del jardín donde sacian su sed migrantes guiriries, glosando los torrenciales aguaceros de tu piedemonte, abrazada y abrasada por la tibia piel del río provocando el orgasmo y la ventura. Después el mar, con el que no pueden tus cuencas, pero montas el caballo en brío que de él se alza.

Inicio el sentido cierto hacia la gesta del poema, aperturada el agua arremansada en pórtico magistral de El cristal nervioso, luego viento entre llovizna tenue que no humedece nada. Tu artífice manera procura tal hondura que mutas y te haces sustancia y te fusionas. Sí, ese viento tuyo que no sabe de estorbos habla una lengua extraordinaria. Amazona del viento, lo galopas y haces matinal recorrido cuando estremeces los árboles, alborotas la arena, pliegas el río, entras por las más finas rendijas y te dejas sonar en los alambres.

Y ha de ser la tierra la llanura, sin compartimientos, toda, única, inmensa. Desbordante y plétórica la asumes y te consume en pasional entrega: «llano, úndeme tu acento». Por él andas y le dialogas tu dolor de absences. Tu virginal ternura acusa el protervo elemento y te fascina. Sacude lo más corpóreo y lo más íntimo. Provocas su ente masculino, lo idealizas. Varonil y potente le brindas la desnudez y erótica sustancia del verbo; cuando vuelves a él señoreas tus pastos, sus pistas y te arroja. Y así vas placentera, arisca y valiente para que te llene de mariposas claras y renueve tu libérrima fibra, tu palpar sacudido en briznas.

Para andar el llano te haces de cabalgadura. Y va de fuego tu caballo, sobre el terronal ardido, la cara cuarteada de la tierra de marzo. La chispa que te invade y te da caballo de fuego que va de ti por tu aliento, fogoso deseo persiguiendo lo que va fresco, desdeñante del pajonal seco. Tu fuego cauteriza y deja paso al brote. Pronuncia la pureza. La inmensa cabalgata hacia el origen. Y el casco que escarba la resequeidad buscando la blanda sustancia que crepita en el romeral ardido.

Cósmica palabra, labras con estos elementos. El poema es oficio y dices: «Voy sola con mi estambre y mi aguja y me apoyo en el aire». Sí, de levedad e insustancias se edifica tu verbo, tu poema. En el todo buscas tu voz propia que te autonomicé y establezcas la otra arquitectura; que te distancie y te distinga. Así, esparces tu búsqueda en tu hondura interrogante. Hacia lo interno monologante va el sentido. Llegas a lo libre, al verso sin esclusas ni parámetros, sin bardas ni tranqueros. Liberas la voz, nos liberas el poema de las tiránicas rimas y la música cercada. Libertadora de la voz poética en nuestro ámbito. Fundadora de la voz interna.

Extiendes el reino de tu poética desde la atalaya de tu piedemonte a los confines. Y retorno, sediento a causa del verano, de la tierra de marzo, del cabalgar ardido, calenturiento, abrasado por tu erótico verbo.

Vuelvo fogoso, no cansado, a tu grial no santo, profano y bello; vuelvo a tu verbo nutricio, vital. Ya no como iniciado, sino con vuelo libre, asistido de universo, reencontrado con la naturaleza, redivivo por tus gratas esencias. Retorno centauro en caballo fogoso, nutrido de forraje nuevo.

Encuentro con Enriqueta Arvelo Larriva

Bebí un vino fresco y dulce con Enriqueta Arvelo Larriva a orilla del mar en un alto morro, mirando la inmensidad de la Bahía de Pozuelos. Ella, al principio, no tomó. Hacía mucho calor en la costa y el vino, aun frío, no le resultaba refrescante. Entramos en conversación bajo la luz del oriente; ella se había venido conmigo en mis alforjas desde Barinitas, recién cumplidos sus ciento veintitrés años, y ahora acompañaba mis vacaciones como una presencia viva. Mientras yo libaba, ambos mirábamos el mar y oíamos su porfiada voz de olas que dejaba un beso húmedo sobre la playa. «¡Qué tremendo es un vuelo!», dijo ella de pronto, señalando con sus manos una gaviota que planeaba cerca, justo a nuestra altura.

Vino entonces otro silencio denso y habitado. Le miraba con evidente admiración; aunque las crónicas dicen que no era una mujer bonita, se me crecía de hermosura en ese instante frente a la costa. Luego desvió su mirada hacia la lejana y agregó con su tono de intemperie: «Este vuelo y este mar no caben en mí, no puedo aprehender tal hondura. Tú debes sentir algo parecido. Andas conmigo hace rato y nos conocemos. No por ello eres un imitador. Pero estás aquí, conmigo, tan lejos de Barinitas que es otra cosa. Siento que estás a gusto acá. Y yo también. Este asunto de la poesía, el afán por la palabra nos ha hecho amigos, a pesar de las distancias y los tiempos. Estoy a gusto de que me leas, no para interpretarme sino para sentirme, como has dicho».

Sin darme cuenta, ensimismado, vi cómo ella se extendía y se servía una copa de vino para sí misma. «¿Cuándo conociste

el mar?», le pregunté. Ella bebió vino y me miró: «En Barinas estamos muy lejos del mar. Y en esas condiciones de distancia, tantos ríos sin puentes que hay que atravesar... Y las carreteras tan malas. Era tan difícil llegar a él. Por eso lo conocí muy tarde. Ya mayor. Se vivía muy aislado en Barinitas». La miré fijamente y repliqué: «¿No crees que, de alguna manera, fue bueno ese aislamiento? Sobre todo, para quien tiene necesidad de algo más allá de lo material». Ella guardó silencio, contemplando el oleaje, y asintió: «Viendo bien, fue así. Me obligó a labrarme sola. A escudriñar mi propia sustancia, a inventarme dialogantes fuera del montón sordo». De pronto, rompiendo la gravedad del instante, me miró nostálgica: «¿Cuándo vamos a retornar?». «¿Por qué? ¿Estás aburrida?», inquirí. «No», contestó ella con suavidad, «lo digo para avisar a mi gente en Caracas con tiempo. Quiero pasar unos días con ellos».

«Tú con el mar conocido tarde», dije, mirándola a esos ojos que guardaban la floresta del piedemonte. «En mi adolescencia viví muy cerca de tu casa. No la que estaba al lado de la iglesia, donde naciste, la del poema Casa de mi infancia. Esa otra, que quedaba a dos cuadras más arriba, más sencilla y humilde, donde escribiste la mayor parte de tu obra. Bueno, desde la soledad de esa casa me acompañó tu fantasma, con la nombradía de tu figura y tu fama de poetisa guardada por algunos vecinos. Tengo una novia de mis tiempos, que desde entonces me acompaña, anda conmigo y cuya abuela paterna era tu prima hermana. Se llama Mercedes y sospecho que ese nombre se lo dieron por tu hermana. Como dicen, vas ahí».

Le di un trago a mi copa y continué evocando el laberinto de los días: «Te cuento que, desde niño, he tenido aprecio por la poesía; sin embargo, en esa adolescencia bariniteña no había libros o poemas tuyos al alcance y no pude leerte. Luego me fui a Mérida, a estudiar en la Universidad de los Andes. Allí, en un pasillo de la Facultad de Humanidades, los estudiantes teníamos una

cartelera donde exponíamos textos diversos. Una mañana, una compañera de estudio llegó con una cartulina y unos textos escritos con tinta blanca y una hermosa caligrafía, y la pegó en el tablero. Con curiosidad fui a leerlos, y resultó ser una hermosa y acertada selección de poemas tuyos que leí emocionado. Así, me enteré de que habían sido tomados de una recién publicada antología hecha por el poeta Alfredo Silva Estrada. Me hice de la antología. Andas conmigo desde entonces».

«Y te sigo contando», añadí, mientras el rumor del mar Caribe bendecía nuestras copas. «En 1986, fue tu centenario de nacimiento. Y lo celebramos. Al año siguiente, se publicó tu obra completa en dos tomos, un trabajo magistral y colosal que hizo Carmen Mannarino de Mazei, esposa del barinés Víctor Mazei, a quien tú bien conociste. Ella se dio a la tarea de compilar tu obra publicada y rescatar esa abundante ‘sección de poesía dispersa’, como le llamé, que aparece incluida en tus libros. En pleno proceso de ese rescate editorial tuve la fortuna de conocerla, y puse en sus manos tres poemas inéditos tuyos que yo mismo había conseguido en Barinitas. Muy agradecida, los incluyó en la edición. Uno de esos poemas, escrito a máquina, estaba calzado con tu firma original: tu nombre trazado de tu puño y letra. Esos dos libros siempre me han acompañado».

Enriqueta me miró en silencio, y una sonrisa mansa y luminosa le encendió el rostro. «Qué bueno», murmuró con su voz de viento y sabana, «me conoces desde hace rato. Brindemos por eso».

Y sí, chocamos copas. Ella entonces levantó su estatura y dijo con su voz grave, fundiéndose con el viento de la bahía:

Playa cruda.

Rocas en su ceño,
arenas sin domar.

Y estoy desesperadamente dulce
a la hora de los duros soplos que rompen
el aire.

Sueño una cinta pura que pueda rodear

suavemente
la mole redonda hecha de humanos
seres.

¡Oh, caballo en brío que salta del mar!

Sacude en mis hombros tu crin amarga
y báñame de mitos,
aventuras,
color propio,
voz única,
olor solo
y la tasa del cielo.

En esta playa cruda,
no pueden con el mar mis ojos
holgados;
no pueden contener su visión
mis cuencas nacidas y mis palas
insomnes.

Hay sed y hieren las marinas sustancias.

Oh, mar.

Luego del poema, quedamos atrapados por esa atmósfera sagrada que ella había creado y entramos en un silencio absoluto, hondo como este mar. En un momento, ella miró con suavidad y dijo: «Disculpa, ya vengo». Y se alejó caminando por la orilla. Lentamente, cerré el libro, luego mis ojos y, finalmente, los recuerdos en aquella playa cruda y sola. Y así me quedo.

Solar contiguo

Para: Ana Enriqueta Terán

Atenido al fulgor, la pasión, la música
y los salmos, para que hagan percusión y
destinen mi tiempo de aventura por abrazar y
raptar a mis estepas algo de numen y fértiles
fragancias, voy curtido en el pulcro delito de
llevarte en solemnidad a poblar esteparias
maneras.

Antes, he subido a Jajó, parapeteado en
la montaña, arropado en neblina, temperado
por el río y el viento gélido. Y desde allí,
conjuro tu aristocrática belleza. Siempre,
como ritual y encantamiento, hacer imagen,
luz, sentido primigenio y telúrico cántico,
poniendo bajo pasión mi elemental pretexto.
Encuentro y cordillera sostienen la firmeza
del poema. Entonces se pronuncia tu verdor

y salmodias el verso, recogiendo la rosa como heráldica señal del tributo y el ritual.

Bastimentos y atavíos para el viaje. Amorosa travesía con floresta del paisaje agraz y la ternura. El rigor cortesano de una rosa que es un pacto, interna territorios sabiendo que una suntuosidad de corte camina siempre sobre el suelo húmedo y silvestre de la montaña. Y así, ataviada en verbo, sacerdotisa de la palabra, abres el libro y la casa de la palabra, santuario a solas de las pedrerías y las arquitecturas espirituales que dilatan tus mundos y tus arterias, mientras presientes jornadas y tejidos sin los aspavientos. Nutrida de querencia y soledades, donde las carnaduras invisibles anuncian otros papiros y los vientos. Entro al templo donde las gemas conviven con la sangre que late en las arterias, atenido al poema con naves silenciosas lanzadas al viento, al libre albedrío.

«Apenas comenzamos», dices. Porque es labor augusta el tejido cósmico, labor universal y claro canto en que amanecen ungidas las pasiones, los eventos del día, los lugares sagrados. Todo está en este universo bajo aura de sacralidad, anotado en esencias y profuso. Embellecido maderamen, junturas, adornos orlados del barroco, estilo cultivado. Y más acá de Góngora, en moderno albedrío, ponderas el mangle y el oleaje, el estremecimiento y el candor dolido. Revelas aquí la artesanía del verbo, con una libertad que se atreve a nombrar el orden orgánico del agua y el sufrimiento limpio del paisaje. Tu pulso y tu manera ejecuta talante de logos compulsivo; con ardor imaginal o claro juicio fluye, haciendo oficio, laborado, perturbador y mágico tejido, donde se pronuncia la lujuria verbal del solsticio amorio. A expensas de espigas y anémonas, sin olvidar el piélago, la travesía. Teniendo por oriente la voz sobria, matriarcal, cautivadora. Poética hecha de lumbres, un logos capaz de sostener la rigidez moral de la tierra y el deseo, gobernado todo por esa presencia que define.

Y considerar en convicción pecadora y sutil la tensión pasional de la poética.

Acompañar el misterio con la caricia y en certidumbre atender el paisaje y las atmósferas, seducirme en metáforas e imágenes para gozar y padecer, para admirar y solazarme, poema adentro. Romper la distancia prudente y la entrega. La transgresión de amar el texto con el cuerpo y el espíritu, habitando el canto desde adentro. En su instinto de piel y carnadura, anotar los espacios amorios. En la casa (amparo, útero y temperie, lugar de los oficios) donde orlas manteles, cubrecamas, parajes, ausencias, territorios. Y con rigor cobijas mis dunas, la desértica sustancia nutrida de vivencias, circunstancias, imaginarios cargamentos, para decir, finalmente: amparado en tu casa de palabras, soy.

El desierto de mi sustancia ha sido irrigado y cobijado por el lar sagrado. No soy el navegante explorador, sino habitante legítimo de un alcázar de viento y de neblina. Ahora, vestido de palabras, súcubo, sucumbo lleno de solaz, de libre albedrío, extasiado, a la deriva, evocando parajes, aromancias, y casi convertido en animal sagrado, anuncio morir en elevada ausencia bajo el piélago. La travesía amorio se absoluta. Transformado fondo. Despojado de armaduras, asumiendo autoría.

Encuentro con Ana Enriqueta Terán

A la memoria de Aníbal Rodríguez.

Andaba el año 1992. El sol de aquel viernes, en la Plaza Bolívar de Trujillo, Venezuela, extendía mortecino su crepúsculo, anunciando la noche. Sin proposición previa, me encontré en un banco de la plaza conversando con Aníbal Rodríguez, entrañable amigo, compañero de curso de la Maestría de Literatura allí en el Núcleo de Trujillo de la Universidad de Los Andes. Al mismo tiempo, él era profesor de pregrado. En un instante de la conversación, me dice: «Esta noche, en su casa, Ana Enriqueta Terán va a realizar un encuentro literario. Estoy invitado. Si quieres, me acompañas». Con entusiasmo le dije que sí. En reflexión, le asomé: «¿Pero da tiempo

para llegar a Jajó?». «No, chico, ella hace mucho tiempo que no vive allí. Vive acá en Trujillo, cerca del cuartel, nos podemos ir a pie». Continuamos la conversación en espera de la hora propicia. Luego, emprendimos la caminata a casa de la escritora.

Llegamos y con gran amabilidad nos recibió su esposo. Otros ya habían llegado. Ana Enriqueta no estaba entre la concurrencia; entramos en conversación con el grupo, alguien descorchó una botella de vino. Libamos una copa y esperamos. Las mujeres suelen ser así, pensé: se dejan esperar para aumentar las expectativas.

Y apareció: espléndida, de traje largo, enjoyada (aretes, collares, pulseras, anillos en todos los dedos) y maquillada. Cursaba los 72 años y en su rostro y figura todavía habitaban notables rastros de una juvenil y particular belleza. Toda su estampa y su garbo imponían una solemne magistratura. Me pareció estar frente a una sacerdotisa. Con una voz grave, profunda y sobria, nos saludó y dio la bienvenida.

Luego, inició su conversación hablando de la infancia y las experiencias con su madre, quien fuera su mentora y la inició en la lectura de la poesía y la literatura española: Cervantes, Góngora, Quevedo, Garcilaso... Mientras el padre increpaba a la madre: «No leas esas cosas a esas niñas, que no las entienden», la madre sabía respondía: «No importa que no entiendan. Pero les queda la costumbre». «Y, en verdad, a mí me quedó esa costumbre para toda la vida», dijo Ana Enriqueta.

Luego de esta y otras anécdotas, pasó a compartir una experiencia singular. «Don Luis de Góngora y Argote —dijo— dejó unos sonetos inconclusos. He tenido el atrevimiento de concluirlos. Esta noche voy a compartir con ustedes esta atrevida versión». Alguien le entregó una carpeta contentiva de los sonetos y dispuso esa lectura pausada, acentuada y sobria de los textos compartidos con Góngora. Esa lectura me elevó a un estado casi místico. Los versos se hicieron salmos y los sonetos, oraciones.

Pasada la lectura, hizo comentarios del poeta español, genuino representante del barroco y de quien era su fiel admiradora. En algún momento, ella me mira, alza un brazo señalante e interroga: «¿And quién es el amigo?». Aníbal, a mi lado, respondió por mí: «Es un compañero que viene de Barinas y cursa con nosotros la Maestría de Literatura». Queriendo ser más específico, agregué: «En realidad, yo vengo de Barinitas». A lo que ella respondió: «Ah, tú vienes del pueblo de Enriqueta Arvelo Larriva». E inmediatamente volvió a interrogar, pero de manera directa: «¿Anda qué sabes tú de Enriqueta Arvelo Larriva?».

Por un instante que se convirtió en un siglo quedé impactado; no esperaba algo así. Pero inmediatamente reaccioné y recité:

TODA LA MAÑANA HA HABLADO
EL VIENTO.

Toda la mañana ha hablado el viento
una lengua extraordinaria.

He ido hoy en el viento.

Estremecí los árboles.

Hice pliegues en el río.

Alboroté la arena.

Entré por las más finas rendijas.

Y soné largamente en los alambres.

Antes —¿recuerdas?—

Pasaba pálida por la orilla del viento.
Y aplaudías.

El momento se hizo emotivo porque ella también sabía el poema y terminamos recitándolo en coro. Luego ponderó el poema y la poesía toda de Enriqueta Arvelo Larriva. En un momento se habían conocido; le admiraba. Recordé que en el tomo I de las obras de Arvelo Larriva, al comienzo, se encuentran dos poemas que le dedica Ana Enriqueta Terán.

Después, algunos asistentes participaron, dieron opiniones, otros preguntaron. Al final, la despedida. Aníbal y yo retornamos a la

plaza. En el trayecto me comenta: «Qué bueno. Aprobaste el examen».

Semanas posteriores, en la Biblioteca Pública Mario Briceño Iragorry de Trujillo, Ana Enriqueta Terán presentó su libro *Albatros*. En un ejemplar me escribió: «Recordando a Enriqueta Arvelo Larriva».

Referencias bibliográficas:

Arvelo Larriva, E. (1939). *Voz aislada*. Caracas: Elite.

Arvelo Larriva, E. (1941). *El cristal nervioso*. Caracas: V

Arvelo Larriva, E. (1942). *Poemas de una pena*. Caracas: Asociación de Escritores Venezolanos.

Arvelo Larriva, E. (1949). *El canto del recuento*. Caracas: Ávila Gráfica.

Arvelo Larriva, E. (1949). *Alfredo Arvelo Larriva: Noticia de su vida y su obra*. Caracas: Imprenta Nacional.

Arvelo Larriva, E. (1957). *Mandato del canto*. Caracas:

Arvelo Larriva, E. (1960). *Poemas perseverantes*. Caracas: Arte.

Arvelo Larriva, E. (1976). *Antología poética*. (A. Silva Estrada, Ed. y Sel.). Caracas: Monte Ávila Editores.

Arvelo Larriva, E. (1987). *Obra completa* (2 tomos). (C. Mannarino de Mazzei, Comp.). Caracas: Fundación Cultural Barinas.

Terán, A. E. (1946). *Al norte de la sangre*. Caracas: Élite.

Terán, A. E. (1949). *Presencia terrena*. Caracas: Ávila Gráfica.

Terán, A. E. (1949). *Verdor secreto*. Caracas: Ávila Gráfica.

Terán, A. E. (1970). *De bosque a bosque*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Terán, A. E. (1975). *El libro de los oficios*. Caracas: Inos.

Terán, A. E. (1985). *Música con pie de salmo*. Caracas: Ateneo de Caracas.

Terán, A. E. (1987). *Libro de Jajó* (1980-1987). Caracas: Fundarte.

Terán, A. E. (1991). *Casa de hablas*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Terán, A. E. (1992). *Albatros*. Trujillo: Ediciones de la Biblioteca Pública Mario Briceño Iragorry / Ejecutivo del Estado Trujillo.

Terán, A. E. (2005). *Antología poética*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Terán, A. E. (2006). *Construcciones sobre basamentos de niebla*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Terán, A. E. (2014). *Piedra de habla* (Obra poética completa 1946-2014). Caracas: Biblioteca Ayacucho.